

Cosas y significaciones

Armando Roa

LAS COSAS se entregan difícilmente al hombre aún en las percepciones, las cuales como lo dijera Husserl, son infinitos intentos de acercamiento mediante matices y escorzos sin que nunca puedan llevarnos a su término. Un conjunto de aspectos en un orden preciso las constituye en cuanto tales y sin embargo dichos conjuntos se dejan adivinar muy tarde cuando ellas han sido ya previamente identificadas, identificación dada tal vez por el uso antes del esclarecimiento de las propiedades, a base, es lógico, del conocimiento de alguna de éstas, justo la necesaria para el uso.

Cabe convertir una piedra por el uso en flecha, pedernal o martillo siempre que antes se destaque como objeto duro apto para semejantes menesteres.

Este primario modo de identificación es evidente en niños y enfermos mentales deteriorados a cuyo ejemplo nos permitimos recurrir dada la ausencia en ellos muchas veces de otra forma de trato con las cosas; así en esa sencilla diferencia entre buey y caballo del test de Binet ponen el énfasis en la utilidad del buey para el arado y la carreta y del caballo para andar en él, no llegando, aun cuando se les apremie y se les dirija, a coger aspectos morfológicos puros tan notorios como lo es la existencia de cuernos en unos y no en otros.

El conocimiento a base del uso orienta, como se observa en esos enfermos, a una separación y ordenación de las cosas diversa a la habitual del hombre adulto; un decaído psíquico puede ver piedras en todos los objetos duros y ejemplos de esta especie son familiares a cuantos han tenido algún trato con ellos; hay una especie de extinción de las diferencias múltiples habituales allí donde el uso reemplaza a otros modos de conocimiento; los límites caen y cosas dispares a la mirada nuestra entran en curiosas fusiones; de hecho el número de cosas diversas para el decaído psíquico es notoriamente menor al de la psique integrada del hombre maduro.

La reducción condensatoria de la totalidad de las cosas a alguna de sus propiedades manejables nada tiene de parecido a la reducción abstractiva hecha por la ciencia y en la cual se prescinde de tales o cuales caracteres en pro de su fácil manejo, pero con clara conciencia del límite impuesto por la abstracción misma.

Las cosas identificadas a base del uso con cosas caídas, borrosas, desparramadas, en cambio las cosas de nuestro presente cotidiano son celosas cuidadoras de su ser íntimo; quizás eso pensaba Heráclito cuando decía que “la naturaleza goza ocultándose”.

Sin embargo puestas las cosas en el camino de su hermetismo sólo el violentarlas por medio de su manejo permite cierto acercamiento. El uso directo de las cosas propio del hombre corriente es diverso del mero conocimiento por el uso antes aludido; así el decaído identifica un caballo por el uso, pero no maneja ya expeditamente un caballo.

Más allá del uso las cosas no entregan su estructura íntima sino mediante símbolos y signos. En el símbolo una cosa sustituye a otra para mostrar con más fuerza y relieve determinados aspectos difíciles de perseguir o de abarcar en la cosa primaria; eso supone saber que dichos aspectos se dan en aquella cosa (de otro modo el símbolo oculta o no dice nada) aun cuando lo sean envueltos, evanescentes, huidizos; el símbolo es una manera de retenerlos o de tenerlos siempre a mano. Así la bandera como símbolo de un pueblo, la corona como símbolo de la realeza, la cruz como símbolo del cristianismo, la hoz y el martillo como símbolo del comunismo, mueven de inmediato toda una muchedumbre de sentimientos y representaciones que el mirar directo al suelo natal o el pensar en determinados dogmas o doctrinas económicas evocaría muy difícilmente.

En el símbolo hay dos estructuras, la de la cosa que le sirve de sustrato y la de lo simbolizado, atadas en una sola presencia; pero cuando miramos al símbolo nos fijamos en sus propiedades no para cogerlas en sí mismas sino en su aspecto de portadoras de lo simbolizado; de este modo hay como un curioso cogerlas y no cogerlas al mismo tiempo; vemos el rojo de la bandera, pero no le vemos como un rojo cualquiera sino como la sangre de los muertos por la patria, según se nos ha enseñado de de la infancia. En el símbolo hay fusión de aspectos de cosas distintas a base de una cierta analogía guardada entre ellos desde algún punto de vista; el resultado es que ni las propiedades básicas de la cosa que hace el papel de símbolo ni las de la cosa simbolizada son cogidas pura y directamente; el rojo de la bandera ni es el rojo de un pedazo de trapo ni es, bien mirado, el rojo de la sangre.

Signos son los conceptos y las palabras; en éstas a diferencia de los símbolos entre su ser propio y el de lo significado ya no hay analogía; el dibujo físico de la palabra montaña y la montaña real no guardan semejanza ni aproximación alguna; aun más el ser físico de la palabra misma

debe hacerse imperceptible para dar paso al puro significado; si alguien se entretuviese en curiosear en torno a la audición o dibujo físico del fonema pasaría por alto el significado mismo. En la exclusión recíproca del objeto signo como tal objeto y de su ser de signo como algo significativo asistimos a la exclusión recíproca de los seres, a la imposibilidad de participarse su núcleo íntimo aun cuando se cobijen bajo el mismo techo.

No se trata sin duda de una absoluta imparticipación, pues en tal caso cualquier significado podría apoyarse en cualquier entidad material a la cual sólo por eso daríamos el nombre de signo. Hay entidades que se prestan convencionalmente a esa participación, otras que todavía la facilitan y unas terceras que parecen guardar el lugar justo y único para un determinado significado; en los signos intramentales puros como los conceptos, esto es aún más claro; sería imposible reemplazar el concepto árbol, signo representativo de la esencia árbol, por otro concepto de igual significación.

El concepto es signo en cuanto en él lee la mente el objeto expresado sin detenerse en la estructura psíquica del concepto mismo, del cual sólo sabe después reflexionando sobre el modo de su conocimiento de los objetos.

Un signo lo es más cuanto mejor oculta su propia presencia para no mostrar sino el puro significado y es ahí donde la relación íntima entre naturaleza particular del signo y significado es más estrecha, por decirlo así, casi unívoca.

Hegel ha definido muy bien en la *Filosofía del Espíritu* esta diferencia entre símbolo y signo en el sentido tomado por nosotros: “El signo es diferente del símbolo porque en el símbolo los caracteres originales (en la esencia y en la concepción) del objeto, más o menos visibles, son idénticos con el alcance que tiene como símbolo; en tanto que en el signo estrictamente llamado así, los atributos naturales de la intuición y connotación de aquello de lo que es signo no tienen nada que hacer el uno con el otro. Por lo tanto la inteligencia ofrece pruebas de una elección más amplia y de una autoridad mayor en el uso de intuiciones cuando las trata como designativas más bien que como simbólicas”.

En el signo comparece de inmediato la cosa significada y en eso se distingue de las señales cuyo fin exclusivo es anunciar una cosa que de otro modo nos encontraría distraídos; la señal no muestra de golpe y en sí misma la cosa señalada, se limita a ponernos en guardia para percibirla. Husserl en las *Investigaciones lógicas* las llamó signos indicativos: “En

sentido propio sólo puede llamarse signo indicativo a algo, cuando este algo sirve efectivamente de señal a algo. . . En la señal queda por completo excluída la intelección. . . Cuando decimos que la situación objetiva A es señal de la situación objetiva B; que el ser de la una indica, señala, muestra, que también la otra es, podremos, sin duda, abrigar con completa seguridad la esperanza de encontrar realmente esta otra; pero al hablar de esta manera no queremos decir que exista entre A y B una relación de conexión visible por intelección y objetivamente necesaria”.

Una flecha acodada en un camino indica la presencia cercana de una curva y el humo la presencia del fuego; el humo y la flecha no son signos; si los vemos dibujados en un papel no podríamos leer fuego en uno y curva de camino en otro; tampoco son símbolos: ni el humo ni la flecha condensan en sí mismos las propiedades relevantes del fuego y de los caminos; sólo en especiales condiciones, ubicados de determinada manera y en ciertos lugares juegan su papel de señales; para esto deben además desaparecer en su ser propio de cosa, no retener en ellas mismas la vista, sino dejarla libre cuanto antes para aguardar con presteza la cosa anunciada.

La señal anuncia la próxima presencia concreta de las cosas señaladas, no el símbolo ni el signo; una flecha dejaría de ser señal si desaparece la esperada curva del camino; en cambio cabe la validez de un signo y de un símbolo cuando las cosas significadas o simbolizadas han desaparecido hace largo tiempo. Pero ni en el símbolo, ni en el signo, ni en la señal, se pesquisa directamente el ser mismo de las cosas; en los tres las cosas se muestran a través de otras muy distintas a ellas mismas.

¿Pero las cosas cuyo ser íntimo no aparece directamente en ninguna parte no podrían ser también especies de signos (sólo que no reconocidas como tales a la manera de los signos corrientes) y justamente por eso no mostrar nunca su propia naturaleza sino una naturaleza también ajena a sí misma? ¿Será de la naturaleza de las cosas mostrarse siempre a través de otra cosa abiertamente diversa y así indefinidamente? ¿Hay una jerarquía mostrativa que va de las señales a los símbolos y los signos y entre éstos de los signos perceptibles como las palabras a los puramente intramentales como los conceptos puros encargados de mostrar la naturaleza íntima de las cosas, signos de los cuales sólo sabemos por vía puramente reflexiva? En tal caso el misterio del conocimiento consistente en la extrañeza del hecho de que un signo intramental como el concepto sea capaz de mostrar la estructura de cosas distintas a la estructura de él mismo,

como lo es por cierto el concepto agua y el agua por él mostrada, problema largamente ventilado en la vieja disputa entre idealistas y realistas, se convierte más bien en el modo habitual de mostrarse de las cosas y el misterio es trasladado del mundo del conocimiento, que pasa a ser un mundo natural, al mundo de las cosas, de su hermetismo, que siempre y en todas partes, hasta donde alcanza la mirada humana, sólo se dan en su ser a través de otro ser distinto al de ellas mismas.